Homenaje a Hilario

Paloma Blanco Díaz

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.
Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.
Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Esta mañana, tras el oficio fúnebre en el Parque Cementerio, me dirigía en taxi a la consulta para comenzar mi jornada de trabajo. Iba pensando en qué palabras escoger en homenaje a la memoria de Hilario para leer en el acto que esa tarde celebraríamos en la Escuela. No las encontraba; en su lugar, me asaltaron por sorpresa las lágrimas, el taxista acabó percatándose de ellas; no, desde luego, por su aparatosidad, sino por mi rápida e infructuosa búsqueda de un kleenex en el pozo sin fondo que suele ser mi bolso. Este caballeroso conductor

me ofreció, solícito, una enorme caja de pañuelos afirmando que eran muy suaves y perfumados; rápidamente vinieron a mi cabeza las escenas, tan divertidas, del taxista que aparece en la película del cineasta Pedro Almodóvar, “Mujeres al borde de un ataque de nervios”, para mi, su obra más lograda. La situación me pareció tan cómica que por un instante pensé, “tengo que contarle esto a Hilario”, lo que, al momento siguiente, me resultó verdaderamente desopilante; es por lo que comparto con vosotros esta anécdota que me ha dado el pié para mi pequeña reflexión.

Conocí a Hilario Cid hace 26 años. Desde entonces, he compartido con él el apasionamiento por la causa analítica, lo que me ha conducido a compartir también muchos trabajos. Recuerdo, por ejemplo, que fui la primera en presentar un caso clínico en el primer seminario del ICF en Andalucía; seminario, éste, del que HLC era responsable y del que yo formaba parte del equipo de trabajo, como la incipiente y jovencísima analista que era entonces. Recuerdo muchos encuentros, reuniones, grupos de trabajo, discusiones exaltadas, a veces ásperas incluso, en las que ambas tomamos parte y no siempre compartiendo puntos de vista.... Más recientemente, hace 13 años, el tiempo en el CF es así, recuerdo mi entrada como miembro a la EEP por el dispositivo del pase a la entrada. Hilario ya formaba parte entonces del cartel del pase. Otro hito importante en nuestra relación fue el CPCT, Hilario estructuró su composición y organigrama, yo formaba parte del equipo clínico con el cometido específico, me dijo, de encargarme de los “marronazos”; lo cual, debo decir, no me hizo demasiada gracia, pero este era el estilo de Hilario. A lo largo de todos estos intensos años de compromiso, trabajo y formación fui valorando, apreciando y tomando cariño a este querido colega, Hilario Cid; por su amor al psicoanálisis, su saber comprometido, riguroso y apasionado, su ironía, su gusto exquisito, su proverbial sentido del hum... también compartimos aviones, cenas, algún acto social vinculado al psicoanálisis, incluso alguna cena en su casa en la que hizo gala de su magnífico talento culinario... pero aún no éramos amigos.

Fue a partir del conocimiento de su enfermedad, de cuya

verdadera gravedad pocos sabíamos hasta entonces, cuando, como querido colega que era para mí, me interesé por él con seria y sincera preocupación. Nunca sabré qué valor le dio a mi afectuosa preocupación... excepto por sus consecuencias. Supe entonces de su inagotable generosidad tan acogedora como espléndida, de su fina discreción, de su valentía, de su coraje, de una capacidad de amor desbordante. He tenido el privilegio y el honor de conocer un poco a Hilario, más allá de Hilario Cid, y puedo decir que entre las muchas enseñanzas que me ha deparado este encuentro, la más importante tal vez sea que el ser hablante puede morir ejerciendo, sin ceder un ápice, el deseo vivo de la vida, que nunca es sin amor; haciendo así honor a la sentencia freudiana de que la primera responsabilidad de todo ser vivo es cuidar de la vida.

De nuestra intensa relación epistolar de los últimos tiempos, he rescatado dos frases que reflejan la singularidad de este querido amigo con el que me encontré en los últimos tiempos. Se preguntaba si “el coraje que tenemos los lacanianos con nuestros analizantes no será una modalidad de dar lo que no se tiene”. Decía también que el humor era su forma de defensa y que ser un sentimental había sido, hasta hace poco, una especie de enfermedad que había que ocultar.

Quiero ir más allá de la tristeza por lo irreparable de su pérdida. Me quedo con la contingencia afortunada de haberme encontrado con mi querido-amigo-Hilario. Este encuentro permanecerá vivo mientras dure mi existencia, por el saber que ha inscrito en ella y es que mientras dura la vida, no hay última palabra, nada está jugado definitivamente en un sentido unívoco; se trata, más bien de hacer un uso de la contingencia, incluso cuando ésta apunte a la peor de las posibilidades; como hizo Hilario.

Entre sus muchos detalles, Hilario tuvo la generosidad de enviarnos esta navidad una caja del magnífico vino Blanco Listón, que tanto le gustaba y nos pidió que brindáramos por él, “Ni se os ocurra decir a la salud de Hilario, -nos dijo- que esa está ya irremediablemente cascada, y sería despilfarrar un brindis y un buen vino. Los tiempos no

están ya para eso. Simplemente “por Hilario, un gilipollas, sí, pero una buena persona y un buen psicoanalista. No es mucho pedir, buenos psicoanalistas y buenas personas somos casi todos aquí en Málaga. Lo de gilipollas no es un insulto sino un diagnóstico. Es un subgrupo dentro del más amplio obsesivo. Frecuencia media, pero incurable”.

Málaga, 26 de febrero de 2011